

APOSTAR POR EL HOMBRE

(DOMINGO XXVI. T.O. Ciclo C)

26 septiembre de 2004

"En aquel tiempo, dijo Jesús a los fariseos: -Había un hombre rico que se vestía de púrpura y de lino, y banqueteara espléndidamente cada día. Y un mendigo llamado Lázaro estaba echado en su portal cubierto de llagas, y con ganas de saciarse de lo que tiraban de la mesa del rico, pero nadie se lo daba..." (Lc 16,19-31)

De nuevo, desconcertante el Evangelio. Leer el pasaje que hoy nos propone la Iglesia es percibir la apuesta más fuerte que se haya podido dar en favor del hombre, sobre todo del desvalido y menos pudiente. Y, sin embargo, no podemos decir que exista en el Evangelio ningún manifiesto revolucionario, ningún programa de actuación social. Jesús no se alista con los independentistas nacionalistas de su tiempo, ni participa en las revueltas de los revolucionarios de entonces. No obstante, ahí está su mensaje, su denuncia, su apuesta por la dignidad y la libertad del ser humano.

Por eso, después de la muerte de Jesús (¡muerte en cruz!), sus discípulos se percatan del contenido de su vida y de su mensaje, y continúan, como algo primordial e irrenunciable, esa lucha a favor del ser humano. Y esto hace que, poco a poco, se vaya transformando el mundo de las relaciones humanas. ¡No hay grupo humano que, a lo largo de la historia, haya puesto en juego actuaciones más generosas (hasta extremos no comprensibles humanamente) a favor de los demás, que las promovidas por la Iglesia! Es verdad que, como miembros de nuestro mundo y parte de los distintos momentos históricos, también los cristianos se han visto afectados por las dificultades y limitaciones propias de cada época. Pero ahí está su línea de actuación y los principios básicos que la han inspirado y sostenido a lo largo del tiempo.

No es el cristiano un revolucionario como tantos otros, que obedecen a una ideología, a un método, a unos medios... Por eso, no se integra, por el hecho de ser cristiano, en ninguna organización política que luche por esto. Aunque algunos cristianos se enrolen en opciones políticas revolucionarias. Esta será siempre una decisión personal. El cristiano se apoya en el Evangelio, que no actúa con poder. Pero que tiene la máxima fuerza de contestación frente al orden establecido, que denuncia con más fuerza que nadie la injusticia y la opresión. Pero esto, arrancando desde la liberación interior de cada uno, que es la del pecado, y, desde ahí, tratando de conseguir la verdadera libertad de todo hombre.

Difícil equilibrio el de ser la mayor fuerza contestadora y liberadora, y, a la vez, no aliarse con ninguna fuerza revolucionaria. Para el cristiano, todo consiste en dejarse tocar radicalmente por Jesús de Nazaret y, desde ahí, convertirse en testigos que opten claramente por sus hermanos los hombres.

Miguel Esparza Fernández